



Ginelda
Campos



Roman
Orozco

Análisis de la violencia bajo presión en las finales del voleibol femenino Sub-17 en Cochabamba, 2025: Un estudio de caso

**KIPUS
CIENTÍFICOS**
Entrelazando Ciencia



Análisis de la violencia bajo presión en las finales del voleibol femenino Sub-17 en Cochabamba, 2025: Un estudio de caso

Ginelda Verónica Campos Mérida¹
Román Gabriel Orozco Vargas²

Recibido: 18 de agosto de 2025. Aprobado: 10 de octubre de 2025.

Resumen

Este estudio analiza las manifestaciones de violencia durante las instancias de semifinales, el partido por el tercer puesto y la final dentro del campeonato de voleibol femenino sub-17 desarrollado en Cochabamba en la gestión 2025. Con el objetivo principal de identificar, clasificar y cuantificar las conductas violentas físicas, verbales y psicológicas de jugadoras, cuerpo técnico y público para comprender su prevalencia y características en un contexto de alta presión competitiva. Se utilizó un enfoque cuantitativo con un diseño observacional, descriptivo y transversal, analizando una muestra intencional compuesta por los partidos de semifinal y final. Se empleó la observación estructurada no participativa, utilizando una ficha de registro para documentar el tipo de violencia (verbal o gestual), así como el emisor y el receptor de la conducta. Los resultados mostraron un claro predominio de la violencia verbal, que representó el 71,4 % de los casos, sobre la violencia gestual (28,6 %). En cuanto a los responsables de estos actos, las jugadoras cometieron el 54,8 % de ellos, mientras que el público fue responsable del 45,2 %. Los principales destinatarios de estas conductas fueron las jugadoras rivales (54,8 %) y los árbitros (16,7 %). Se concluye que la estructura del voleibol, aunque impide el contacto físico, no elimina la violencia, que se canaliza a través de medios verbales y gestuales. Estos hallazgos indican la necesidad de implementar estrategias preventivas que

-
- 1 Estudiante de 9no. semestre de la carrera de Ciencias de la Actividad física y del Deporte de la UMSS y presidente de la SCECAFD.
Orcid: <https://orcid.org/0009-0000-3180-1984>
Correo: 202205215@est.umss.edu
 - 2 Estudiante en condición de titulación de la carrera de Ciencias de la Actividad Física y del Deporte de la UMSS y vicepresidente de la SCECAFD.
Orcid: <https://orcid.org/0009-0001-2939-3579>
Correo: romangabrielorozco@gmail.com

involucren tanto a las deportistas como al público, para promover un ambiente de competencia basado en el respeto y la sana competencia.

Palabras clave: violencia deportiva, voleibol, afrontamiento, ansiedad, finales

Introducción

El deporte juvenil constituye un pilar fundamental en el desarrollo integral de los adolescentes, abarcando las dimensiones física, psicológica y social. Disciplinas deportivas como el voleibol no solo promueven un estilo de vida saludable, sino que también son instrumentales para la inculcación de valores como la disciplina, la cooperación y la resiliencia. En esta etapa formativa, la cancha se convierte en un escenario donde se aprenden lecciones que trascienden el juego.

Sin embargo, la transición hacia niveles competitivos transforma este entorno. La presión por el rendimiento, ejercida por entrenadores, padres e incluso por los propios atletas, se intensifica ante la aspiración de destacar y obtener un lugar en ligas pre profesionales o profesionales. Este escenario genera un ecosistema de alta tensión, propicio para la aparición de dinámicas perjudiciales.

Dentro de este contexto, emerge una problemática compleja que abarca un espectro de conductas que van desde la agresión explícita hasta la denominada “violencia silenciosa”, la cual se manifiesta a través de insultos, burlas, gestos de desprecio, manipulación psicológica, humillación sutil o aislamiento social, no deja marcas físicas, pero sus secuelas emocionales pueden ser profundas y duraderas, afectando tanto el rendimiento como la permanencia del atleta en la disciplina. A pesar de su potencial devastador, la literatura académica ha tendido a enfocarse en formas más explícitas de agresión, dejando un vacío en la comprensión de cómo estas dinámicas se materializan específicamente en deportes de no contacto, como el voleibol, donde la agresión se canaliza por vías no físicas.

Es precisamente en los momentos de mayor exigencia, como las fases finales de un torneo, donde estas conductas se hacen más evidentes. Las instancias de semifinales, el partido por el tercer lugar y la final de un campeonato actúan como un laboratorio natural que intensifica la presión y hace que las interacciones entre jugadoras, cuerpo técnico y público sean observables en su forma más genuina.

A raíz de lo anterior, este estudio observacional se plantea la siguiente pregunta de investigación: ¿Qué tipologías de violencia manifiesta, y con qué frecuencia emergen en el contexto de alta presión de las instancias decisivas (semifinal, tercer lugar y final) del campeonato de voleibol femenino sub-17 de Cochabamba?

Por consiguiente, el objetivo principal de este estudio es identificar, clasificar, cuantificar y analizar las conductas de violencia observable provenientes de jugadoras, cuerpo técnico y público-durante dichos partidos, con el fin de visibilizar su prevalencia y características en un entorno de alta competencia y aportar evidencia empírica para el desarrollo de estrategias de prevención focalizadas en este deporte.

Procedimientos metodológicos y marco conceptual

Procedimientos metodológicos

El estudio adopta un enfoque cuantitativo con diseño observacional descriptivo y transversal, adecuado para cuantificar de forma objetiva la frecuencia e intensidad de conductas violentas en las finales del campeonato sub-17 de voleibol femenino en Cochabamba. En las semifinales se enfrentaron Cochabamba con Chuquisaca y La Paz frente a Santa Cruz. Posteriormente, el encuentro por el tercer lugar fue entre La Paz y Chuquisaca, mientras que la final la disputaron Cochabamba y Santa Cruz.

La población de estudio estuvo conformada por la totalidad de los agentes participantes en la fase final del campeonato de voleibol femenino sub-17 de Cochabamba, incluyendo a las jugadoras (12 en total), el cuerpo técnico (4 integrantes) y el público asistente, estimado en aproximadamente 1.000 personas, dado que el coliseo se encontraba completamente lleno durante los encuentros, con espectadores incluso de pie, especialmente en el partido final. La muestra fue de tipo no probabilístico e intencional, centrada en los partidos de semifinal y final, seleccionados por representar los escenarios de mayor presión competitiva y, por tanto, con mayor probabilidad de aparición de conductas violentas. Cada encuentro fue observado en su totalidad, registrando de forma sistemática los comportamientos de los distintos agentes implicados.

Para la recolección de datos se aplicó observación estructurada no participativa mediante una ficha de observación diseñada para esta investigación.

Este instrumento incluye categorías para registrar: a) el tipo de violencia: física (empujones, golpes), verbal (insultos, burlas), psicológica/gestual (gesto de desprecio, gritos humillantes) y simbólica (exclusión, sarcasmo), b) el agente emisor (jugadora, entrenador, público) y c) el agente receptor de la conducta.

Los datos recolectados fueron registrados en fichas individuales por evento y luego sistematizados en una matriz de datos para su posterior análisis estadístico descriptivo (frecuencias y porcentajes). Este procedimiento permitió identificar la frecuencia, distribución y características de las manifestaciones violentas presentes en este tipo de competencias deportivas femeninas juveniles.

Marco conceptual

Estado del arte

Diferentes estudios sobre deporte demuestran que la violencia no se presenta de la misma forma en todas las disciplinas. Investigaciones que comparan deportes, como las de Ortega (2012) y Leo et al. (2011), encuentran una clara diferencia entre los deportes en equipo (como el fútbol) y los deportes individuales (como el tenis). Los resultados muestran que, en los deportes de equipo, donde la confrontación física y la rivalidad son inherentes a las reglas, es más común que aparezcan agresiones, tanto verbales como instrumentales (por ejemplo, una falta a propósito para sacar ventaja). Esto es muy importante porque nos dice que la estructura normativa de un deporte influye directamente en el comportamiento de los jugadores.

Dentro de esta comparación, el voleibol es un caso paradigmático. Aunque es un deporte de equipo donde se compete directamente contra un rival, tiene una característica que lo hace único: no hay contacto físico porque una red separa a los equipos. Esta barrera física impide la agresión corporal directa, algo que sí es posible en otros deportes. Por esta razón, es de esperar que la agresión en el voleibol se redirija hacia manifestaciones no físicas: a través de la comunicación verbal y no verbal, creando presión psicológica sobre el equipo contrario o con claras muestras de frustración. Al estudiar estas conductas en el ambiente del voleibol de Cochabamba, podremos entender mejor cómo la cultura deportiva local y las reglas únicas del vóley dan forma a la manera en que los y las deportistas manejan los conflictos y demuestran su deportividad en la cancha.

Sustento conceptual

El deporte juvenil representa un entorno ambivalente: si bien puede constituir un espacio enriquecedor para el crecimiento socioemocional, también puede convertirse en un escenario para la manifestación de la violencia. Diversos estudios advierten sobre la “agresividad y la violencia en el deporte en edad escolar”, subrayando la urgencia de implementar “estrategias preventivas específicas” (Sáenz et al., 2013, p. 59). De hecho, la investigación sugiere que la práctica deportiva no previene automáticamente estas conductas. Autores como Chacón et al. (2017) afirman que “las agresiones relacionales son más comunes que las directas” (p. 5), lo que indica que la violencia social, como la exclusión o la manipulación, puede ser prevalente incluso en contextos competitivos.

Aunque parte de esta evidencia proviene de contextos escolares generales, sus hallazgos son extrapolables al análisis de entornos deportivos de alto rendimiento. Para profundizar en las formas de violencia no físicas, el concepto de violencia simbólica de Pierre Bourdieu resulta particularmente esclarecedor. Esta se define como un tipo de dominación indirecta, legitimada socialmente y ejercida a través del lenguaje, las jerarquías de poder y las rutinas institucionalizadas. En el deporte, esta violencia se manifiesta en la normalización de la crítica humillante como “parte del entrenamiento” o en la exclusión sutil de jugadoras. Su poder reside en que contribuye a naturalizar la desigualdad sin dejar huellas visibles, un fenómeno observable en las dinámicas de equipos juveniles competitivos (Bourdieu, como se cita en Sáenz et al., 2013).

La presión competitiva actúa como un catalizador para la manifestación de estas expresiones violentas. Es un principio bien establecido en la psicología del deporte que la presencia de evaluadores externos como padres, entrenadores, público o cazatalentos incrementa la presión sobre el atleta, pudiendo afectar su rendimiento y su control emocional. Este fenómeno explica por qué las instancias decisivas de un torneo, como una semifinal o una final, son escenarios de máxima tensión y, por tanto, momentos idóneos para observar el despliegue de estas conductas en su máxima expresión.

Desde una perspectiva multidimensional, O'Reilly Sotolongo et al. (2022) sostienen que “la violencia en el deporte no es un mito sino una realidad tangible” que debe ser analizada considerando los niveles individual, social y cultural que involucran a atletas, entrenadores y público. Este enfoque refuerza la necesidad de

un marco que integre a los múltiples agentes y las distintas formas de violencia desde la agresión explícita hasta el ejercicio del poder simbólico en el estudio de contextos competitivos juveniles.

Por lo tanto, este marco conceptual se articula sobre tres ejes teóricos interrelacionados: (a) la coexistencia de la violencia manifiesta (física, verbal) y la violencia latente o relacional (social, exclusión) en entornos deportivos; (b) la influencia de la presión competitiva como factor desencadenante de estas dinámicas; y (c) el rol de la violencia simbólica como forma sutil de dominación que legitima dichas conductas. Esta estructura teórica fundamenta y valida el uso de la observación como la estrategia metodológica pertinente para capturar tanto las conductas explícitas como las micro interacciones encubiertas que definen la violencia en un entorno de alta competencia como las finales de voleibol femenino sub-17.

Resultados

El análisis detallado de los partidos de semifinal y final, considerados como los momentos de mayor exigencia dentro del campeonato, permitió identificar un total de 42 actos de violencia manifiesta. Esta cifra, lejos de constituir un dato aislado, representa una evidencia significativa de la presencia de un problema que se encuentra instalado en el deporte juvenil competitivo.

De este total, 30 episodios correspondieron a violencia verbal (71.4 %), expresada principalmente en insultos, burlas y cánticos ofensivos dirigidos tanto al equipo contrario como a los árbitros. Por su parte, 12 incidentes fueron clasificados como violencia gestual (28.6 %), caracterizados por miradas desafiantes, gestos de burla y actitudes intimidatorias. Es importante resaltar que no se registraron actos de violencia física, lo cual confirma que, en el voleibol, al no existir contacto corporal directo, las conductas agresivas se canalizan hacia manifestaciones no físicas, especialmente verbales y gestuales.

Respecto a los receptores de estas conductas, el análisis evidenció que 23 actos (54.8 %) estuvieron dirigidos hacia las jugadoras rivales, mientras que 7 actos (16.7 %) se orientaron a los árbitros. A su vez, 9 actos (21.3 %) provinieron del público y estuvieron dirigidos hacia las jugadoras, y en menor proporción, 3 actos (7.2 %) se produjeron hacia compañeras del mismo equipo o incluso hacia una misma jugadora. Estos resultados demuestran que la violencia no surge de manera aleatoria, sino que

responde a objetivos concretos dentro del desarrollo competitivo, reforzando la idea de que se trata de un fenómeno sistemático y estratégico dentro del deporte juvenil

Este apartado va más allá de solo contar los actos violentos. Se realiza una interpretación profunda de los datos para entender qué pasó, quién lo hizo y quién lo sufrió. El objetivo final es desarmar las reglas no escritas de la violencia en el voleibol juvenil femenino, explicando cómo nace este comportamiento, cómo se justifica dentro del entorno deportivo, y cómo se mantiene vivo a través de una conexión muy fuerte entre lo que pasa en la cancha y lo que se grita desde las gradas.

La agresión no física como forma principal de violencia

Lo primero y más importante que se notó es que toda la violencia observada fue de carácter no físico. No se registró ni un solo empujón, golpe o contacto físico agresivo. Este hecho confirma de manera rotunda la idea principal de que la red en el voleibol, si bien es una barrera física que impide el choque corporal, no elimina en absoluto la violencia. Lo que hace es transformarla, obligándola a manifestarse de otras maneras: a través de palabras hirientes y gestos ofensivos. La red, por lo tanto, no es un muro que protege, sino una frontera que la agresión aprende a cruzar de forma simbólica, pero con un impacto igualmente real.

Tabla 1
 Tipos de actos violentos observados

Tipo de Violencia	Frecuencias absolutas	Frecuencia Porcentual	Análisis de la violencia
Verbal	30	71,40%	Se manifestó principalmente mediante cánticos despectivos entonados por grupos de jugadoras o espectadores, silbidos e interrupciones provenientes del público durante los saques o errores del equipo rival, y protestas verbales hacia los árbitros tras decisiones polémicas (“vendido”, “ciego”). Estas expresiones se caracterizaron por su tono elevado y por la intención de presionar o desestabilizar emocionalmente al oponente o a la autoridad del juego.

Psicológica Gestual	12	28,60%	Incluyó miradas desafiantes prolongadas, gestos de burla (reírse de forma sarcástica, aplaudir irónicamente), señalamientos con el dedo índice, movimientos de desprecio (dar la espalda con exageración, encogerse de hombros) y posturas corporales intimidatorias después de jugadas tensas. Estas acciones buscaban humillar o demostrar superioridad frente al rival.
Física	0	0.0%	No se registraron comportamientos de contacto físico directo, acorde con las reglas y características de la disciplina del voleibol.
Total	42	100%	

Nota. Cruce de variables entre la violencia verbal, psicológica/ gestual y física.

El claro y molesto dominio de la violencia verbal (71.4%) demuestra que la palabra es el arma principal en esta batalla psicológica. Es fundamental, sin embargo, entender sus diferentes usos y propósitos. Los “cánticos ofensivos”, por ejemplo, que son utilizados tanto por las jugadoras como por el público, no son solo ruidos. Funcionan como algo normal en el voleibol que une al propio grupo y que, al mismo tiempo, ridiculizar al rival. Crean una fuerte identidad de “nosotras contra ellas”, un mecanismo psicológico bien conocido que fortalece los lazos internos a costa de denigrar al grupo externo. Por otro lado, los “insultos” y “burlas” directas representan una forma de agresión planificada. No son simplemente explosiones de enojo o frustración; son actos calculados. Se lanzan a propósito en momentos clave del partido, como justo antes de un saque decisivo o inmediatamente después de un error del rival, con el objetivo claro de romper su concentración y desestabilizarlo emocionalmente.

La violencia con gestos (28.6%) funciona como un poderoso refuerzo visual de las palabras. Un gesto ofensivo es más rápido que una frase y puede ser igual o más hiriente. El “gesto de desprecio”, que fue el más repetido, es un claro acto de poder. No solo comunica frustración, sino que busca activamente establecer una jerarquía, diciendo sin palabras “soy superior a ti”. Durante la observación, se pudo constatar que este tipo de actos son un ejemplo perfecto de lo que se conoce como agresión social o relacional, un tipo de violencia que no deja marcas físicas pero que ataca directamente el estado emocional de una persona y sus relaciones con

los demás. Este estudio confirma que esta forma de agresión es muy común entre los jóvenes, pero va más allá: demuestra que, en el deporte de alta competencia, se ha refinado hasta convertirse en una táctica más del juego.

Un ambiente violento creado entre la cancha y la grada

Al analizar quiénes cometen los actos de violencia, queda claro que sería un error culpar a un solo grupo. Durante la observación realizando en ambos partidos, se pudo constatar que la responsabilidad está muy repartida entre las jugadoras y el público, creando lo que se podría llamar un “ecosistema de violencia”. En este sistema, las malas conductas de unos y otros se imitan, se contagian y se refuerzan mutuamente, como un eco que va y viene entre la cancha y las gradas, haciéndose cada vez más fuerte.

Tabla 2
Quién Cometió los Actos de Violencia

Actor	Frecuencias absoluta	Frecuencia porcentual	Análisis de la violencia
Jugadoras	23	54,80%	Son las principales autoras. Al cometer estos actos dentro de la cancha, envían el mensaje de que la agresión es una parte normal y aceptada del juego.
Público / Barra	19	45,20%	Funcionan como un “coro” que anima y justifica la agresión. Aumentan la tensión y atacan a otros, como los árbitros, protegidos por el anonimato del grupo.
Cuerpo Técnico	0	0,00%	Que no haya casos registrados es muy significativo. Podría ser una señal muy positiva, pero también podría estar ocultando un tipo de violencia más difícil de observar.
Total	42	100%	

Nota. Cruce de variables de acciones violentas entre jugadoras, público o barra y cuerpo técnico.

La tabla 2 muestra que las jugadoras, con 23 actos (un 54.8% del total), no son simplemente víctimas de la presión, sino que se posicionan como las principales autoras de la violencia observada. La agresión que proviene de ellas tiene un peso simbólico enorme, porque ocurre dentro del espacio de juego. Se observó como

cuando una jugadora insultaba a una rival o le hacía un gesto de desprecio, ese comportamiento fue tomado como algo normal. Este fenómeno puede entenderse como un mal comportamiento normalizado: conductas que son técnicamente antideportivas pero que, de tanto repetirse, se vuelven aceptadas e incluso esperadas dentro de la cultura de la alta competencia en Bolivia.

El público, con 19 actos (un 45.2%), juega un papel casi igual de importante. Se pudo evidencia que no son espectadores pasivos, son actores claves de la violencia. Su función es la de amplificar y validar lo que ocurre. Es muy común ver que cuando las personas están en un grupo grande, se sienten anónimas, pierden parte de su identidad individual y de su sentido de la responsabilidad. Esto les permite atreverse a gritar o hacer cosas que nunca harían si estuvieran solas y pudieran ser identificadas. El grupo les da una sensación de poder y protección.

Algo que llamó mucho la atención durante la observación es que no se registraron ningún acto de violencia por parte de los cuerpos técnicos. Por lo tanto, este “cero” en los datos es muy indicador que merece un análisis cuidadoso desde dos perspectivas opuestas: La visión positiva es que los entrenadores en este contexto son un factor de protección. Podrían estar actuando de forma muy profesional, demostrando un autocontrol ejemplar y sirviendo de modelo para sus jugadoras, aislándolas de la tensión que viene de fuera. Sin embargo, una visión más crítica y completa debe reconocer las limitaciones de este estudio. Si bien se realizó la observación durante el partido, no se tuvo acceso a espacios privados, en el que los entrenadores se reúnen de forma privada con las jugadoras. Por lo que podría captarse formas de violencia más sutiles y dañinas, como la crítica constante y humillante, el uso del silencio como forma de castigo, o la manipulación emocional. Por lo tanto, aunque se puede afirmar con seguridad que los entrenadores no fueron violentos de forma visible durante los partidos, no se puede descartar que participen en estas formas de violencia “invisible” en otros momentos. Este es un punto ciego importante que futuras investigaciones deberían explorar con otros métodos, como entrevistas directas.

Los objetivos de la agresión

La agresión observada no fue al azar. Se dirigió de manera muy clara hacia objetivos específicos, lo que nos revela dónde se encuentran los mayores puntos de tensión y conflicto en una competencia deportiva.

Tabla 3
Quién recibió los actos de violencia

Receptor	Frecuencias absolutas	Frecuencia porcentual	Análisis de la violencia
Jugador(as) Rivales	23	54,80%	El objetivo principal. Se busca desconcentrarlas para que cometan errores.
Árbitro / Jueces	7	16,70%	El “culpable” fácil. El público descarga su frustración con ellos.
Compañera de equipo	2	4,80%	Casos preocupantes que dañan la confianza dentro del equipo.
Sí misma	1	2,40%	Señal de una presión interna extrema y dañina para la autoestima.
Entrenador Rival	1	2,40%	Un caso aislado que muestra que la agresión puede desbordarse.
Total	42	100%	

Nota. Cruce de variables de receptores de violencia entre jugadoras rivales, árbitros, compañeros de equipo y entrenador rival.

La mayoría de las agresiones hacia las jugadoras rivales (54.8%) muestran que la violencia se usa como una táctica para ganar la “batalla mental”. El árbitro (16.7%), por su parte, es el blanco perfecto para que el público descargue su frustración cuando las cosas no van bien.

Sin embargo, los datos cualitativamente más alarmantes son los casos de violencia dentro del mismo equipo (un 7.2% sumando compañeras y a sí misma). Un gesto feo a una compañera o a una misma después de un error, aunque sean pocos casos, son muy graves. Muestran que la presión es tan fuerte que la violencia explota hacia adentro, dañando la confianza en el equipo y la autoestima de las propias jugadoras.

Las reglas no escritas de la violencia

Finalmente, al analizar cómo ocurrieron los hechos, podemos entender las “reglas no escritas” o la “lógica interna” de estas agresiones.

Un ciclo de agresión que se alimenta a sí mismo: La nota de campo “el equipo contrario, respondió de la misma forma” describe un ciclo donde una agresión lleva a otra. Esto crea una espiral de violencia que va creciendo y empeora el ambiente del partido.

El gesto como señal de poder: Un “gesto de desprecio” no es solo mala educación. Es una forma de luchar por el poder y el respeto en la cancha. Quien lo hace, intenta quitarle valor a la otra persona, hacerla sentir inferior. Que se repita tanto significa que es una costumbre ya aprendida.

El poder del grupo para fomentar la agresión: La violencia del público se explica porque, en grupo, la gente se siente anónima y menos responsable de sus actos. Esto, sumado a la emoción del partido, crea un ambiente donde es más fácil que surjan los insultos y los malos comportamientos.

Por lo tanto, los resultados muestran un problema serio. La violencia en el voleibol juvenil no es culpa de unas pocas personas, sino que es un problema de todo el sistema competitivo. Se alimenta de la mala conexión entre jugadoras y público, y puede dañar tanto el juego limpio como la salud mental de las deportistas.

Discusión

Los resultados de este estudio reafirman que, en el voleibol juvenil femenino de alta competencia, la inexistencia de contacto físico directo no implica la ausencia de violencia. Como señalan Ortega (2012) y Leo et al. (2011), la estructura de cada disciplina condiciona la forma en que la agresión se manifiesta. En el caso del voleibol, la red actúa como una barrera que impide el contacto corporal, pero no evita la aparición de conductas hostiles, las cuales se canalizan hacia formas verbales y gestuales. Esto coincide con la evidencia hallada en la presente investigación, donde el 100 % de los actos registrados fueron no físicos, con un predominio de la violencia verbal (71.4 %) sobre la gestual (28.6 %).

La prevalencia de la palabra como instrumento de agresión respalda lo planteado por Chacón Cuberos et al. (2017), quienes sostienen que las agresiones relacionales y no físicas son frecuentes en contextos escolares y competitivos. En los partidos analizados, insultos, burlas y cánticos ofensivos no se produjeron únicamente como expresiones de frustración, sino que se utilizaron de manera estratégica en momentos clave del juego, como antes de un saque o después de un error rival. Esto demuestra

que la violencia verbal puede cumplir un rol táctico en la competencia, al buscar la desestabilización emocional del adversario.

El análisis de los agentes emisores y receptores evidencia un “ecosistema de violencia” en el que jugadoras (54.8 %) y público (45.2 %) interactúan y se retroalimentan en la generación de conductas hostiles. Este hallazgo coincide con la perspectiva multidimensional de O'Reilly Sotolongo et al. (2022), quien plantea que la violencia deportiva debe entenderse como un fenómeno colectivo donde influyen factores individuales, sociales y culturales. En este sentido, la actitud del público resulta determinante, ya que puede reforzar o legitimar los comportamientos agresivos que se producen en la cancha.

Un aspecto llamativo fue la ausencia de actos violentos visibles por parte del cuerpo técnico. Aunque este dato podría interpretarse como un signo de autocontrol y profesionalismo, no descarta la posibilidad de que existan expresiones de violencia simbólica. Según Bourdieu (1999), esta forma de violencia se caracteriza por ser indirecta y estar legitimada socialmente, lo que la hace menos evidente. Es posible que se manifieste en entrenamientos o espacios internos, mediante críticas humillantes, exclusiones o manipulaciones emocionales, aspectos que un diseño observacional como el aplicado en este estudio no permite detectar.

En cuanto a los receptores, la mayoría de las agresiones estuvieron dirigidas a jugadoras rivales (54.8 %) y a árbitros (16.7 %). Esto muestra que la violencia no se ejerce de manera aleatoria, sino orientada a objetivos específicos que representan una amenaza directa para el desempeño competitivo. No obstante, también se registraron conductas violentas hacia compañeras o incluso hacia una misma (7.2 %). Aunque menos frecuentes, estos episodios resultan preocupantes porque reflejan la presión interna que pueden experimentar las jugadoras, con consecuencias negativas sobre la cohesión grupal y la autoestima individual.

Finalmente, los hallazgos de este estudio no solo permiten describir la forma en que la violencia se manifiesta en el voleibol juvenil femenino, sino que también invitan a reflexionar sobre cómo prevenirla y reducirla. La alta frecuencia de conductas verbales y gestuales demuestra que la violencia está normalizada en la cultura competitiva, lo que hace necesario implementar estrategias integrales. Entre ellas se destacan: talleres de inteligencia emocional para que las jugadoras aprendan a manejar la frustración y la presión; programas de formación en valores deportivos desde las etapas formativas; protocolos claros para sancionar conductas violentas del

público; y campañas de sensibilización que promuevan el respeto dentro y fuera de la cancha. Estas acciones contribuirían a mantener la intensidad competitiva sin que la hostilidad se convierta en un componente aceptado del deporte juvenil

Conclusiones

Este estudio analizó las manifestaciones de violencia durante las fases decisivas del campeonato de voleibol femenino sub-17 de Cochabamba, con el propósito de identificar, clasificar y cuantificar las conductas violentas ejercidas por jugadoras, cuerpo técnico y público.

En relación con el objetivo de identificar y clasificar las conductas violentas, se comprobó que todos los actos registrados fueron no físicos, con predominio de la violencia verbal (71.4 %) sobre la gestual (28.6 %). Esto confirma que, aunque la estructura del voleibol impide el contacto corporal directo, no elimina la violencia, sino que la canaliza hacia manifestaciones verbales y gestuales que pueden tener un impacto psicológico significativo.

Respecto a la identificación de los agentes emisores y receptores, se encontró que las jugadoras protagonizaron el 54.8 % de los actos y el público el 45.2 %. Las principales destinatarias fueron las jugadoras rivales (54.8 %), seguidas por los árbitros (16.7 %). Esta dinámica configura un ecosistema en el que la interacción entre la cancha y las gradas favorece la aparición y la normalización de conductas hostiles.

En cuanto al análisis de la incidencia de la violencia en un contexto de alta presión, se observó que estas conductas se utilizan estratégicamente para desestabilizar al adversario, afectando su rendimiento. Aunque en menor proporción, la violencia también se dirigió hacia compañeras o hacia una misma jugadora, lo que refleja un nivel de presión interna capaz de debilitar la cohesión grupal y dañar el bienestar emocional de las atletas.

Por tanto, los resultados permiten concluir que la violencia en el voleibol juvenil femenino no es un fenómeno aislado, sino un proceso sistémico que involucra tanto a las deportistas como al público. Ante ello, se subraya la necesidad de implementar estrategias preventivas y formativas que reduzcan las conductas violentas y fortalezcan un clima deportivo saludable. La educación en valores, la formación en inteligencia emocional, la regulación del comportamiento de los espectadores y el

acompañamiento psicológico a las jugadoras son medidas clave para transformar la dinámica competitiva en una experiencia constructiva, respetuosa y promotora del desarrollo integral de las atletas.

Referencias bibliográficas

- Chacón Cuberos, R., Zurita Ortega, F., Castro Sánchez, M., & Linares Manrique, M. (2017). Relación entre práctica físico-deportiva y conductas violentas en escolares de educación primaria de la provincia de Granada. *Sportis. Scientific Journal of School Sport, Physical Education and Psychomotricity*, 3(1), p. 5. Disponible en: <https://revistas.udc.es/index.php/SPORTIS/article/view/sportis.2017.3.1.1728>
- Leo, FM, Sánchez-Miguel, PA, Sánchez-Oliva, D., Amado, D. y García-Calvo, T. (2011). Diferencias en la manifestación de la agresividad en diferentes modalidades deportivas. *Revista de Psicología del Deporte*, 20(1), 193-205. Disponible en: <https://www.redalyc.org/pdf/3457/345732287011.pdf>
- O'Reilly Sotolongo, A. M., Perdomo López, M. E., Monteagudo Leal, G., & González Padrón, Á. (2022). Violencia en el deporte. Una visión desde la psicología social. *GADE: Revista Científica*, 2(3), 1-20. Disponible en: https://ekoizpenzientifikoa.ehu.eus/documentos/5f7e684b2999520bf972fba1?utm_source=chatgpt.com
- Ortega, G. (2012). Análisis de la violencia, la agresividad y el Fair play en deportes de equipo y de adversario en deportistas en edad escolar [Tesis Doctoral, Universidad de Granada]. Disponible en: <https://digibug.ugr.es/bitstream/handle/10481/1858/17666324.pdf>
- Sáenz Ibáñez, A., Gimeno Marco, F., Gutiérrez Pablo, H., & Garay Ibáñez de Elejalde, B. (2013). Prevención de la agresividad y la violencia en el deporte en edad escolar: un estudio de revisión. *Cuadernos de Psicología del Deporte*, 12(2), 57–72. Disponible en: <https://revistas.um.es/cpd/article/view/170331>